

III

ENSEÑANZA

Lección primera.

La Enseñanza en los pequeños Municipios vascos

POR D. LEONCIO DE URABAYEN
SECRETARIO DE LA ESCUELA NORMAL DE NAVARRA

La Sociedad de Estudios Vascos me ha hecho el honor de encomendarme una de las lecciones correspondientes al cursillo que sobre «Enseñanza» comprende esta Asamblea de Administración Municipal Vasca que ahora estamos celebrando. El tema de mi lección es este: «La enseñanza en los pequeños municipios vascos: enseñanza circulante; otras soluciones». Dado el carácter general de los cursillos, destinados a señalar orientaciones y presentar soluciones practicas a los Asambleístas, yo he procurado, ante todo, estudiar el problema de nuestra vida rural en sus relaciones con la escuela primaria, y después, mostrar los caminos que me han parecido más seguros para la incesante elevación moral y material de nuestros aldeanos. Desdeluego, no voy a decir nada nuevo, y sólo aspiro a que después de esta hora que vamos a pasar juntos hablando de nuestras escuelas, quede en vosotros el ardor necesario y la luz suficiente para realizar en vuestros Municipios la labor educativa que ha hecho

tan felices a otros pueblos pequeños y sanos como nuestro País Vasco. Y tras de todo esto, entremos ya en materia.

La vida en nuestros pueblos pequeños.— Terminada la gran guerra europea, uno de los problemas graves que se alzaron ante los gobiernos de los pueblos beligerantes fué sujetar a la tierra a la población campesina que, ya antes del conflicto, había iniciado un éxodo alarmante hacia la ciudad. Las voces dadas antes por unos cuantos observadores aislados se hicieron ya clamor general, porque la producción durante los años de guerra había desequilibrado profundamente la vida rural. Mientras una parte de la población se encontraba en los frentes de batalla, otra se hallaba dedicada febrilmente a preparar los instrumentos de destrucción. Entretanto, las industrias vitales, singularmente las de alimentación, se resentían enormemente. La agricultura carecía de brazos, de máquinas, de abonos. Y luego, la vida durante la guerra desarraigaba de sus lares cada vez más a las gentes aldeanas.

El problema era grave. Nada menos que el abandono de los campos, el pan nuestro de cada día que peligraba. Y entonces se estudió lo que las voces aisladas habían señalado antes, ¿Qué había en la vida rural para que todos huyesen de ella en cuanto podían? Pues dos razones principales: una económica y otra social. Como en toda empresa financiera, la afluencia de capital es mayor allí donde el beneficio es más grande, y viceversa. Si las bases económicas de la vida rural no son tan productivas como las de otra ocupación cualquiera, el campesino no estará sino a disgusto en su tierra, y a la primera ocasión que se le presente, huirá de ella. A esta desventaja materia; hay que unir otra de orden social, según hemos indicado: si la vida rural, tras de ser poco brillante como negocio, no tiene atractivos suficientes que la hagan amable al aldeano, será muy difícil evitar que éste, a la vista de las comodidades y alegrías de una ciudad, no sienta un vivo deseo de cambiar su pueblo rudo y hosco por la urbe grata y acogedora. Así tenéis explicados la emigración al extranjero y el éxodo a la ciudad.

Emigración, éxodo. ¿No son estos fenómenos la perdida más dolorosa que aqueja a nuestra raza desde hace siglos? Ciertamente, puede que haya que contar con otras causas, además de las señaladas, para explicar esa sangría. Pero es evidente que las que hemos esbozado son principalísimas. A ellas, pues, habrá que atacar en primer término.

En efecto, si examinamos la producción de nuestro País Vasco, comparándola con otros semejantes, notamos que en éstos se obtiene un mayor rendimiento al trabajo. Así, mientras la Ha. de terreno cultivado produce por término medio 20'01 Qm. de maíz en nuestra tierra, en Suiza obtienen de ella 25'1. A la Ha. de avena se le sacan en el País Vasco 12'91 Qm.; en Noruega, 15'8, en Dinamarca, 18'2; en Suiza, 21'3, y en Holanda, 21'5. La Ha. de centeno produce en el País Vasco 12'09 Qm.; en Dinamarca, 15'7; en Noruega, 16'3; en Holanda, 17'4 y en Suiza, 18'5. Y a la Ha. de trigo, que da 14'15 Qm. en el País Vasco, se le hace rendir en Noruega 16 Qm.; en Suiza, 22'2; en Holanda, 26'2, y en Dinamarca, 31'5. Y de la misma suerte, mientras a cada mil habitantes del País Vasco corresponden 36 cabezas de gando caballar, hay en la misma proporción 54 en Holanda, 76 en Noruega y 207 en Dinamarca. Así como por cada 216 cabezas de ganado vacuno existentes en el País Vasco, se crían 376 en Holanda, 424 en Suiza, 451 en Noruega y 892 en Dinamarca. Y por cada 102 cabezas de ganado de cerda en el País Vasco, se cuentan 142 en Suiza, 192 en Holanda y 600 en Dinamarca. Estos números son por sí solos una explicación. Y son tanto más elocuentes cuanto que se refieren a pueblos pequeños, que han vivido siempre en vida modesta, alejada totalmente de cualquier empresa dominadora. Por otra parte, la comparación que acabamos de hacer debe aun acentuarse en favor de esos pequeños pueblos porque sus condiciones naturales son, en general, inferiores a las que ofrece nuestro País Vasco. Suelo y clima son peores que los nuestros y así resulta todavía más claramente todo lo que las cifras antes dadas suponen de esfuerzo y de inteligencia en los hombres de aquellos países.

Así comenzamos a explicarnos por qué el aldeano vasco tiene ya un motivo de descontento. Su encarnizado trabajo sólo le proporciona una pasable situación económica, mantenida firmemente, eso sí, mientras él no sepa de otra mejor.

Pero ese fermento de inquietud se intensifica con otros motivos. Cuando la vida en cada pueblecito apenas era alterada de ciento a viento por la llegada de un indiano o por los graves trastornos de una guerra (que guerra nada menos tenía que ser una conmoción social para que interesara directamente a nuestros antepasados, perdidos entre las montañas), cuando el aislamiento característico de los tiempos anteriores al siglo pasado era posible gracias al sistema general de bastarse a sí mismos que aun perdura en muchos caseríos, la vida en esos pueblos debía tener por fuerza todos los elementos indispensables para entretener no sólo el cuerpo, sino también el alma de sus habitantes. Y ahí está para demostrarlo esa variedad de costumbres y diversiones tan originales, tan notables, que han estudiado los etnólogos. Entonces un aldeano vasco no anhelaba abandonar su pueblo, porque tenía sus necesidades espirituales y corporales satisfechas y no sospechaba siquiera que hubiese otros modos de satisfacerlas. Pero las transformaciones iniciadas el siglo pasado han trastornado esto. La facilidad de las comunicaciones, intensificando extraordinariamente las relaciones entre los pueblos, los libros y los periódicos, los frecuentes viajes, han puesto ante los ojos de nuestra población rural joven otras formas de vida agradables, deslumbradoras, que los atraen con fuerza irresistible. Y entonces viene la emigración a la ciudad o más lejos.

Pero nosotros, vascos, no podemos ver con indiferencia esta enajenación de nuestras mejores energías. La pérdida de nuestras fuerzas más valiosas, sangre joven y ardiente, es un mal para nuestra Patria. Esa pérdida se debe a la conciencia de una situación espiritual y material inferior a otras accesibles, Pues nuestra será la culpa si, conociendo el mal, no le ponemos remedio inmediato.

Ese remedio no puede ser otro que el enriquecimiento y la

elevación de la vida rural al grado máximo de felicidad que sea posible en latierra. El pueblo del campo debe ser atendido con verdadero mimo, porque en él se hallan las reservas profundas de la raza, Y para eso, veamos qué le falta ahora a esa vida rural y más tarde trataremos de los modos de suplir esa falta.

Le falta cultura, en primer lugar. Efecto de muchas cosas que no tenemos tiempo de analizar ahora, el campesino vasco tiene, en general, que construir su vida por sí mismo, sin más guías que la tradición y su sentido común. ¿Qué se ha hecho por enseñarle los mejores procedimientos para sacar la utilidad máxima del suelo que trabaja, del mar que surca, del bosque o del ganado que explota? ¿Dónde están los ideales que una educación humana debiera haber sembrado en su espíritu? Así su vida se arrastra a ras de tierra ásperamente, gris y mortecinamente.

Faltan también en nuestras aldeas recreos suficientes para hacer la vida rural tan amable como pueda serlo la de cualquier parte. Cantos y bailes, reuniones, festivales, lecturas y otros medios de educar socialmente a gentes cuya vida es más bien ruda que otra cosa.

Falta además en nuestro pueblo la cordialidad mutua, el espíritu de asociación suficientemente desarrollado. Somos particularistas, muy pegados a nuestro interés personal y no bastante listos para comprender que ese mismo interés resulta favorecido con las empresas en común y que el porvenir es de los que se estrechan cada vez más. Como si, por otra parte, no tuviera ya el pueblo vasco una experiencia bastante dolorosa de ese particularismo que ha deshecho su historial.

Esos son los defectos más graves y los que exigen remedio más urgente. Un remedio que se desprende solo. Si falta cultura, hay que adquirirla. Hay que aprender las causas necesarias para mejorar la vida rural material y espiritualmente. Y esto (ya es de clavo pasado) corresponde a la escuela.

Si la vida aldeana no tiene bastantes atractivos para satisfacer plenamente esa fuerza que hace al hombre un ser sociable por naturaleza, también a la escuela le corresponde en esto un

gran papel. Si dispusiéramos de más tiempo, yo podría mostraros lo que el Párroco y el Maestro de cada pueblo han hecho en Dinamarca en tal sentido. En la escuela y fuera de la escuela, como en la iglesia y fuera de ella, el pueblo ha aprendido a divertirse de una manera sana, noble y alegremente y de conformidad, además, con el tiempo de vida rural.

Finalmente, el espíritu particularista debe ser sustituido por el de cooperación. Si esto es bueno en la vida de los negocios, es aun mucho mejor en la vida de pueblo, donde de esa suerte son posibles empresas de mejoramiento material en que no hay ni que soñar se realicen por el esfuerzo aislado. Y además, ese acercamiento, trae consigo el desarrollo del sentimiento de ayuda mutua, tan fecundo en bienes morales y materiales. Pues también ésta es una obra de la escuela, del Maestro, que enseña y que convence y que eleva un país al grado de prosperidad de Bélgica o Dinamarca, donde las instituciones cooperativas le deben tanto.

No se entienda, sin embargo, que la escuela es la única que debe y puede hacer todo eso. En la vida de un pueblo entran en juego muchas fuerzas y todas deben ser aprovechadas para su mejoramiento. No obstante, la escuela desempeña en esta labor un importantísimo papel, que ya no se oculta a nadie.

Sino que, al llegar aquí, y convencidos todos de que eso es cierto, se alza ante nosotros otra cuestión fundamental: ¿Pueden nuestras escuelas rurales, tal como están organizadas actualmente, llevar a cabo la labor que el pueblo vasco exige de ellas? Procuremos examinar este grave asunto con el detenimiento merecido.

La escuela de nuestros pueblos pequeños.— Empecemos por el Maestro, que es lo más importante.

De una manera general, podemos afirmar que las aldeas vascas no tienen los Maestros que necesitan. Maestros cultos, con vocación, enamorados del País Vasco y concededores de su genio. Este es el aspecto mas grave del problema. Mientras el pueblo vasco no sea educado con cariño y con conocimiento de

sus modos particulares de ser, el mundo entero seguirá perdiendo lo que una colectividad como la nuestra, perfectamente preparada para la vida, podría hacer. Hoy al pueblo vasco no se le educa y al que vive en los pueblos, menos. Y no se le educa principalmente porque la mayoría de sus Maestros no sienten cariño por él y además carecen de la preparación necesaria para ello. El mal se acentúa con la irregularidad en la provisión de las escuelas. El País Vasco da pocos Maestros y nuestras escuelas rara vez están desempeñadas por vascos. Y como la vida rural, ya la hemos visto, es áspera y poco agradable, cada escuela viene a ser un lugar de paso para cada Maestro. En tales condiciones es completamente inútil pensar en aquella labor de mejoramiento de que hablábamos antes. La escuela fracasara mientras sea conducida por Maestros sin entusiasmos ni estabilidad.

Viene luego el edificio. Una escuela moderna necesita, además de la sala de clase, otras dependencias accesorias, un patio cubierto y un campo de juegos y de experimentación. Y todo ello, reuniendo determinadas condiciones exigidas por la Pedagogía y por la Higiene. Vosotros, mejor que yo, podréis contestar a quien os pregunte si hay en nuestro País Vasco muchas escuelas rurales así. Y le contestaréis que no, que se podrán contar con los dedos.

Y naturalmente, cuando los edificios están así, fácil es figurarse cómo andará el material, tanto el higiénico (lavabos, baños, duchas, fuentes, retretes) como el de enseñanza (mesas, bancos, bancos para el trabajo manual, material especial para la enseñanza de la Geografía, de las ciencias naturales y físico químicas, de la Historia, del trabajo manual, etc.) Y eso que la dura realidad nos impide pensar en un sistema como el de la escuela en sección, donde se aspira a reproducir la vida misma, sistematizandola armónicamente y donde las necesidades de material son, por tanto, mucho mayores que en el tipo de la escuela corriente. (En esa escuela en acción los alumnos, tejen, guisan, construyen como en la vida misma cosas de inmediata aplicación).

Con tales Maestros, con tales escuelas, ¿cómo será la enseñanza? A la vista está. Nos lo arrojan a la cara esos escandalosos porcentajes que alcanza el analfabetismo en nuestro País Vasco: 32'37 Alaba, 40'68 Gipúzkoa, 40'79 Bizcaya y 43'41 Nabaña. Y que no se diga que hay provincias españolas como Málaga y Almería, donde casi llega al 80 (79'46 y 78'78 respectivamente), porque ya hemos quedado en que debemos compararnos con quien esté mejor que nosotros y no infinitamente peor. Pero el daño no para ahí. Porque si el leer y el escribir son tal mal enseñados, ¿qué puede esperarse en cuanto a formación moral? ¿Qué educación recibirá un pueblo de sus escuelas cuando apenas puede pasar de la lectura y la escritura? Y por desgracia, apenas si se enseña más que eso en la mayoría de nuestras escuelas rurales: leer, escribir y contar. Y aun esto Dios sabe cómo. La culpa es de muchas cosas, pero los resultados no son por ello menos desastrosos. ¿Cómo vamos, pues, a esperar que los vascos ocupen un buen puesto en el mundo cuando salen tan malamente preparados para la lucha por la vida? La escuela, que ayuda tanto a los hombres de otros países, ¿qué hace por el nuestro? ¿Para qué sirve a nuestros agricultores, a nuestros ganaderos, a nuestros pescadores? Qué aprenden en ella las mujeres vascas sobre el gobierno perfecto de una casa? Y aun sería cosa de reír si no hubiera tantos motivos para llorar, el ver cómo esta desatendida la educación de los niños anormales y deficientes: no hay una sola clase especial para ellos. Ahora, que verdaderamente resultaría sarcástico exigirlo cuando la población normal está de tal manera abandonada.

Eso es lo que da en sí la escuela rural en el País Vasco, Examinemos ahora su irradiación, las instituciones llamadas circunesculares y postesculares. Algunas cantinas, algunas mutualidades, clases de adultos, apenas nada más. Y esto cuando las cantinas o por lo menos cocinas, debían estar extendísimas; las mutualidades, las agrupaciones escolares y postesculares de deportes, de caridad, de ahorro, de cultura, las bibliotecas; no debieran faltar en ninguna localidad; los cursos de perfeccionamien-

to profesional para adultos, convenientísimos para los muchachos ocupados en la industria, en la agricultura, cursos que podían versar sobre viticultura, pequeñas industrias rurales (avicultura, floricultura, apicultura, cultivo de árboles frutales, etc), contabilidad agrícola, industrias conserveras para las poblaciones marítimas, etc., todo esto debía funcionar normalmente y alcanzar o toda nuestra población rural. Pues bien, no; no hay más que unas pocas cantinas escolares, unas pocas mutualidades, muchas clases de adultos donde van a aprender la lectura y la escritura los que no lo hicieron de niños.

Claro que toda esa labor a cargo de la escuela rural no puede ser desarrollada sino sobre una organización apropiada y una asistencia continua de la población escolar total: Vamos a ver cómo andamos de esto.

La organización está estancada hace ya muchos años. Con decir que tenemos 122 escuelas menos que las que se calcularon para el año 1857 esta dicho todo. Según la estadística escolar de 1908, a cada escuela pública de las establecidas en el País Vasco correspondían por término medio 85 alumnos y a cada maestro, 80. Y esto cuando todos sabemos la imposibilidad de trabajar debidamente en que un maestro se encuentra cuando ha de tener a su cargo más de 45 o 50 niños. Pero esos 80 son el término medio. Porque hay escuelas (Ardanaz, Artaiz, Aizpún, Guembe), que no tienen asignados más que 10 alumnos, mientras otras deben funcionar con 170 (Corella), 130 (San Martín de Unx), 152 (Caparros), 177 (Lerín) y 271 (Mendavia). Estos datos son de 1908, pero la situación, por lo que se refiere a la acción del Estado, apenas ha sufrido modificación: De modo que, además de no tener escuelas en condiciones; ni siquiera tenemos las que nos hacen falta.

En cuanto a la asistencia escolar, según esos datos de 1908, que son los últimos publicados, en el País Vasco el 32'23 por 100 de su población no iba por esa época a ninguna escuela, ni pública ni privada. Es decir, que aun prescindiendo (¡que ya es prescindir!) de todas las deficiencias que nos han salido hasta

ahora, queda todavía en el País Vasco una tercera parte de su población de 6 a 12 años alejada en absoluto de la escuela, porque ni siquiera está matriculada en una de ellas. ¿Se van ustedes explicando nuestro analfabetismo, nuestra falta de cultura, nuestro poco espíritu social?

Bien es verdad que si nuestro sistema pedagógico de instrucción primaria es malo, según se ha visto, al menos es barato. El año 1918, el País Vasco gastó aproximadamente 3 pesetas por habitante en instrucción primaria. Y si bien es cierto que la media de España en 1908 (última publicada) fué de 1'60 pesetas por habitante, todos los países que llamamos civilizados gastaron mucho más. Por ejemplo: Holanda gastó 12 pesetas por habitante; Suiza 21; Estados Unidos 25; Nueva Zelanda 26, y Canadá 27. Y eso en los años anteriores a la guerra, que ahora todos los presupuestos han sufrido alzas considerables. Verdaderamente, ante semejante comparación, no puede extrañarnos que las escuelas rurales vascas sean como son. Y que sigan así por los siglos de los siglos a menos que un inexorable examen de conciencia nos ponga en el camino de la reparación y de la enmienda.

Tenemos, por consiguiente, que confesar la incapacidad de las actuales escuelas rurales vascas para llevar a cabo la labor que nuestro pueblo exige de ellas en estos duros tiempos de lucha. Pero eso no quiere decir que hayamos de resignarnos a ello, Por el contrario, se nos impone una reacción enérgica para transformar ese mal en un gran bien. Nos va en ello nuestro porvenir como individuos y como pueblo. Eso sí, como en toda obra realmente fecunda, no debemos esperar de otros más de lo que podamos realizar por nosotros mismos.

Y puestos en el camino de la rehabilitación, tratemos de ordenar nuestro esfuerzo viendo lo que debería hacerse primeramente y cómo debería hacerse.

El Maestro es lo primero de todo a que hay que atender al tratar de la escuela. Cada escuela será lo que sea su Maestro. Todas las facilidades del mundo dadas a un mal maestro se tra-

ducirán en unos resultados mediocres o francamente malos. En cambio, un Maestro entusiasta, culto e inteligente hará milagros. Y si a este mismo Maestro le dais cuanto necesita, contaréis en cada pueblo con una fuerza que lo hará progresar rápidamente de una manera extraordinaria. En ninguna parte un capital produce tan elevados intereses como empleado en educación. No se cobran enseguida, eso no; pero ningún negocio rinde tanta riqueza, tanta salud ni tanta bondad. Dinamarca era hace menos de un siglo un país pobre, de gran emigración. El esfuerzo pertinaz que hicieron sus Maestros lo ha salvado. Hoy, repoblado forestalmente, trabajado científicamente, es una de los sitios del mundo donde mejor se vive. Su población rural, muy trabajadora, muy culta, muy sana, está organizada en Cooperativas de producción y de venta que han impuesto por todas partes sus magníficos productos. La emigración apenas existe y el bienestar es tan grande en el campo que nadie siente deseos de abandonarlo. Y sin embargo, el suelo de Dinamarca es muy pobre y su clima duro. Pues ese milagro lo han hecho los Maestros principalmente. Maestros verdaderos que consagraron todas sus energías al mejoramiento de la vida rural. Maestros que en sus escuelas primarias, en las especiales de Agricultura, de Economía doméstica, de enseñanzas para pequeños terratenientes, en las escuelas populares superiores, capacitaron al campesino danés y le pusieron a la cabeza de todos los del mundo. Pero eso sí, el pueblo secundó admirablemente la labor de sus Maestros. Y si los campesinos daneses están mejor que todos sus congéneres, también sus Maestros lo están. Bien pagados, bien alojados, bien considerados. Por eso es corriente en Dinamarca la estancia de un Maestro en una misma escuela diez, quince o veinte años.

¿Qué deberíamos hacer nosotros para llegar a ese ideal? Ante todo, tener Maestros vascos. Son los que mejor habían de adaptarse al País, sentir con él y entusiasmarse por él. Maestros vascos que fuesen formados cuidadosamente. Y después, dotarlos en cada pueblo de los elementos necesarios para que no echaran allí nada de menos y pudieran trabajar a sus anchas.

Desgraciadamente, esa gran obra no puede realizarse hoy, a menos que-nuestras Diputaciones, unidas, se lanzaran a un formidable esfuerzo para el mejoramiento rápido de nuestro pueblo, Y del Estado español hay que esperar bien poco porque bastante que hacer tiene con su 59'35 por 100 de analfabetos (50 por 100 mayores de 10 años) y su ningún propósito de enmienda. Y si no, ustedes juzgarán: En 1908 (últimos datos publicados) le faltaban a España 9.536 escuelas primarias para tener las que le correspondían en 1857 y según los señores Cossío y Luzuriaga, el 63 por 100 de los locales de las que existían en esa fecha eran malos y el mobiliario escolar anticuado en la mayor parte de las escuelas. Es decir, que no hay escuelas bastantes (mientras en Canadá hay una escuela-maestro por cada 153 habitantes, en Estados Unidos por cada 174, en Holanda por cada 194, en Inglaterra por cada 220, en Nueva Zelanda por cada 221, en Suiza por cada 234 y en Dinamarca por cada 302, en España una escuela-maestro tiene que servir a 639 habitantes, (y eso que se cuentan también las escuelas privadas) y además de no haber escuelas bastantes, las que existen son malas en su mayoría. De 1908 acá han cambiado poco las cosas. Según el presupuesto de Instrucción Pública y Bellas Artes para el ejercicio 1919-20 que iba a ser discutido hace unos meses en las Cortes, se destinaban 5.756.000 pesetas a la creación de escuelas. A ese paso costaría unos cien años llegar a que España tuviese las escuelas que ahora le harían falta para estar regularmente nada más. Y en cuanto a los maestros, en virtud de la fórmula económica recientemente aprobada en las Cortes, vendrán a estar pagados como los ordenanzas que barren las oficinas y los pasos del mismo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

No; es mejor que, aunque poco, los Municipios comiencen enseguida a hacer lo que puedan mientras el País Vasco entero lucha por su autonomía. Y lo que puede hacerse en cuanto a Maestros actualmente es animarlos y favorecerlos de una manera positiva para conseguir que cada pueblo tenga los mejores

entre los existentes. Que cada Municipio, por ejemplo, procure gratificar cuanto pueda al Maestro que se preocupe por su ministerio; que le habilite una morada no decente sólo, sino cómoda y hasta lujosa; que le facilite un trozo de tierra cultivable junto a su casa y donde él pueda tener su huerta, su jardín y algunos pocos animales. Que le haga, en fin, lo más ventajosa posible la vida material en el pueblo para fijarlo en él. Que si un Maestro está satisfecho en una localidad, no pensará en huir de ella y se habrá ya conseguido una de las condiciones esenciales en toda obra educativa: la continuidad. Y si, por otra parte, nuestras Diputaciones iniciaran una obra como la que está desarrollando tan afortunadamente la Mancomunidad de Cataluña, por ejemplo, una obra de difusión cultural y de protección espiritual del Maestro en forma de publicaciones, de cursillos, de conferencias, de pensiones de estudio, con sólo esta acción nuestra se conseguiría dar a la Escuela rural vasca un primer impulso fecundísimo mientras venían tiempos mejores para todos. Ahora que, paralelamente a esa labor de mejoramiento y de capacitación del Maestro, se debería organizar una Inspección selecta que dirigiese y mantuviera en el tono deseable a todos los Maestros que comenzaran a flaquear. También esto podría estar a cargo de nuestras Diputaciones. Y si los Maestros ofrecían alguna resistencia a estas mejoras, en sus manos tenían los Municipios los medios de hacerlas efectivas sólo con manejar prudentemente aquellas ventajas voluntarias otorgadas antes. (1)

El segundo problema por orden de urgencia es el de los edificios escolares. Según la estadística de 1908, el País Vasco disponía en esa fecha de 1685 locales para escuelas. De ellos eran buenos 1033, regulares 450 y malos 202. Los regulares pueden darse también hoy por malos, dadas las exigencias de una escuela bien montada, y de los buenos hay que descontar los de

(1) Conseguidos, buenos Maestros, la labor social de la Escuela, su irradiación en forma de instituciones cooperativas y mutualistas, vendría, naturalmente. Como que dependen casi exclusivamente del entusiasmo y de la capacidad del Maestro, que es el alma de todas ellas.

las cuatro capitales vascas, donde las escuelas públicas están bastante bien instaladas. De modo que puede decirse que la mayor parte de la población rural vasca no tiene locales para escuelas en condiciones; faltan en ellos los patios cubiertos, tan necesarios en nuestro clima lluvioso, los campos de juego y de experimentación agrícola. En cuanto al material, el Sr. Landeta nos decía el año pasado en Oñate que sólo un 5 por 100 de las escuelas bizkaínas tiene algún material de enseñanza perfecto, cosa que puede aplicarse perfectamente al resto del País Vasco.

En todas partes este problema de los edificios escolares y el material correspondiente ha sido resuelto por los Municipios, ayudados por las Corporaciones. Y últimamente, en el presupuesto aprobado por la Excma. Diputación de Bizkaya para el ejercicio corriente figuran 450.000 pesetas destinadas a subvencionar con el 50 por 100 de su importe a los Municipios que van a erigir 25 nuevas construcciones escolares. Este, de todos modos, es un asunto que deben resolverlo los Municipios en su mayor parte, como se ha hecho en todo el mundo, porque a ellos suelen pertenecer los edificios destinados a la enseñanza, si bien nuestras Diputaciones deben ayudarles, siguiendo el ejemplo dado por Bizkaya. Y conviene mucho que, cuando a ello se decidan, sean rumbosos y no escatimen dinero en poseer instalaciones escolares verdaderamente modelo, cosa que no es tan cara como pudiera parecer ni tan difícil de implantar después de ver eso allí donde está bien.

Supongamos ya a nuestros Municipios dispuestos a mejorar Maestros y escuelas. Nos saldría entonces al camino una importante cuestión previa. Si nos faltan escuelas y su organización es deficientísima, según hemos visto, habremos de examinar antes el modo de establecerlas adecuadamente. Y no olvidemos que lo que nos importa ahora es la escuela rural.

Ante todo, hay que tender a establecer tantas escuelas que ningún Maestro deba tener a su cargo más de 50 niños, y aun son demasiados. Y una vez llegados a ese desideratum, graduar esas escuelas de tal suerte que los niños (no hago distinción en-

tre niños y niñas porque no debe hacerse y en la práctica tampoco se hace, pues ahí están innumerables escuelas mixtas) queden clasificados en el mayor número posible de grupos con objeto de hacer la enseñanza más eficaz.

Al realizar esa graduación pueden presentarse varios casos. El de pequeños municipios que tienen una escuela mixta o una escuela para niños y otra para niñas y que estén próximos a otros Municipios que posean también escuelas propias en forma semejante. El de pequeños Municipios con escuela o escuelas propias, cuyos habitantes disten más de 3 kilómetros de otros Municipios. Y el de pequeños Municipios o grupos de población diseminada a más de 3 kilómetros de todo núcleo con escuela propia.

El primer caso, el de pequeños Municipios con escuela o escuelas, próximos a otros que también las tienen, debería organizarse agrupando todos los núcleos de población en una circunscripción escolar y estableciendo el edificio escolar que los hubiera de servir en un punto lo más equidistante posible de todos ellos, procurando que ninguno de los niños tuviera que recorrer más de 3 kilómetros para ir a la escuela. Ese edificio escolar abarcaría toda la población escolar que antes se hallaba repartida en las diferentes escuelas, con sus correspondientes maestros. Todos los niños podrían ser así clasificados en más o menos grados según su capacidad y conocimientos y formarían grupos uniformes a los cuales cada Maestro podía dar la enseñanza con mucho más fruto. La graduación podía llevarse aún más lejos cambiando el horario escolar de tal suerte que pudiera combinarse la asistencia de los distintos grupos a diferentes horas. Así en Dinamarca, por ejemplo, se exigen diez y ocho horas semanales de escuela (sin contar las empleadas en algunas enseñanzas especiales) a todos los alumnos de sus escuelas rurales. Pero la distribución de esas diez y ocho horas entre los varios grupos de alumnos es potestativa del Maestro junto con la Comisión escolar local, y se guían para hacerlo por las necesidades de la localidad. Comunmente, los niños mayores suelen

ir a la escuela más tiempo en el invierno que los pequeños, mientras que en el verano sucede lo contrario. Algunas escuelas acomodan su programa a sesiones de medio día para cada grupo combinando estos; otras dan cierto número de días completos a cada grupo; otras, por fin, combinan a la vez las sesiones de medio y de día entero en los diferentes grupos de niños. Pues algo parecido podría realizarse aquí. Y como entre los Maestros agrupados no faltaría una Maestra, ésta se encargaría de dar a las niñas separadamente las enseñanzas propias de la mujer. Esta solución resolvería varios de los problemas indicados antes. Se podrían construir edificios escolares con todas las condiciones requeridas, pues la reunión de varios Municipios para este solo fin proporcionaría medios mayores que los que cada uno, por sí sólo, podía aprontar; la escuela tendría en cuenta las condiciones de la vida rural, y la enseñanza, al llegar a todos los niños de la localidad y darse sobre una graduación amplia, rendiría frutos en que ahora ni se puede pensar. Y todo esto, sin gastar mucho más que ahora, pues se partiría del número de Maestros y escuelas existentes y sólo habría que gastar de una vez en un buen edificio escolar con todos sus indispensables accesorios. Y como en cuestión de edificios escolares andamos tan mal, con ésto no se haría sino empezar a corregir las numerosas deficiencias de nuestra enseñanza.

El segundo caso, el de pequeños Municipios con escuela mixta o con una escuela de niños y otra de niñas, y cuyos habitantes disten más de 3 kilómetros de otros Municipios, podría ser resuelto en forma semejante al anterior, aunque sobre la misma escuela existente. Cuando, hubiere un Maestro y una Maestra, se reunirían los dos y niños y niñas también, haciendo con todos ellos dos grupos y encargándose el Maestro de los mayores y la Maestra de los pequeños y de las enseñanzas propias de la mujer. Y lo mismo cuando hubiera un Maestro y una Maestra que cuando sólo existiera una escuela mixta con Maestro o Maestra, la graduación podía establecerse a base del hora-

rio escolar, en alguna de las formas que hemos indicado en el caso anterior.

El tercer caso, el de pequeños Municipios o grupos de población diseminada a más de 3 kilómetros de todo núcleo con escuela propia, caso bien frecuente entre nuestra población euzkeldum, no permite instalaciones fijas que, si habían de llegar a todos los caseríos, serían costosísimas. Sin embargo, esos niños no tienen tanto derecho como cualquier otro a ser instruídos y no puede abandonárseles. Podría intentarse el establecimiento de escuelas de temporada, cuando los caseríos no estuvieran muy distanciados entre sí. Formada una circunscripción escolar con los caseríos de determinado radio, se elegirían dos o más, que estuviesen colocados en los sitios más a propósito para que a ellos pudieran venir los niños de unos cuantos caseríos más próximos. Y luego, en cada uno de los elegidos, y en local que ellos mismos facilitarían a poco precio, funcionaría una escuela de temporada, a cargo de un Maestro que repartiría el año escolar entre los varios puntos elegidos. La labor de este Maestro podía ser intensificada por la adopción de la sesión única, haciendo que los niños que hubiesen de acudir en su temporada lo hiciesen por todo el día, saliendo de su casa por la mañana y no volviendo hasta el atardecer. Se llevarían su comida y en el mismo caserío donde funcionaba la escuela se encargarían de calentarla y añadir a ella un plato de sopa o de legumbres, cosa que, a la vez que los locales, no le había de salir muy cara al Municipio en cuya jurisdicción estuviesen enclavados los caseríos.

Si los caseríos estuviesen muy distanciados entre sí y no permitieran realizar el arreglo anterior, no habría más remedio que recurrir al Maestro ambulante. La combinación podrá parecer extravagante; pero el comercio acude donde hay compradores, el médico donde estén los enfermos y la Iglesia lleva sus auxilios espirituales allí donde los hayan menester. Si admitimos la necesidad imprescindible de la instrucción, (por qué no la hemos de llevar donde haga falta, cuando vemos que no vienen por

ella? El Maestro ambulante, como se hace en Noruega, estaría provisto de un caballo y recorrería los caseríos a ser posible en el día, y si no, en dos o más y pasaría así el año escolar, siendo alojado en el caserío en que le cogiera la noche.

Finalmente, la escuela de temporada y la ambulante podían combinarse en aquellas zonas indicadas por la forma de agrupación de sus caseríos.

Realizada así la dotación y organización de las escuelas necesarias, quedaría aun por estudiar lo relativo a las materias de enseñanza. Aunque si se había logrado dar con un Maestro inteligente y compenetrado con nuestro País Vasco, la cosa no tendría ninguna dificultad, y en cambio, las ofrecerá casi insuperables si no se ha tenido la suerte de encontrar Maestro así. De todos modos, la enseñanza en nuestras escuelas rurales podría entonces pasar de la lectura, la escritura y las cuentas y se podría pensar en el trabajo manual adaptado a las características de la localidad, de tal suerte que la fisonomía de cada escuela cambiara grandemente en el caso de un pueblo de pescadores, de agricultores, de ganaderos. Que las materias de enseñanza en cada uno de esos casos y aparte de su carácter general, fuesen enfocadas hacia el tipo de vida que los alumnos hubiesen de llevar en lo sucesivo. Que se diese al estudio de la Naturaleza verdadera importancia para hacer que los niños adquiriesen la capacidad de amarla y gozar de ella sin envidia de un ambiente ciudadano. Que se educase realmente a nuestra población rural, comunicándole un ideal y poniéndola en condiciones de hacer producir más tarde a su trabajo el máximo de rendimiento.

Pero además de este inmenso campo de acción, nuestra escuela rural ha de atender a otro esencial. Porque el pueblo de nuestras escuelas rurales es vasco y tiene o ha tenido su idioma propio. Y si pueblos como Finlandia, como Polonia, como Bohemia, como Irlanda, han cultivado su lengua con tanto amor y tanto derecho como otras grandes potencias la suya, porque sentían que «cambiar de lengua es cambiar de alma», como dice Campión, no hay razón ninguna para que el pueblo vasco, cuya

alma nadie ha propuesto con fundamento que sea aniquilada o cambiada, deje de tener su medio congénito de expresión. Y este razonamiento se hace evidencia pura cuando se trata de escuelas rurales vascas enclavadas en plena población euzkel-dun. Las cuales son más numerosas de lo que pudiera creerse pues el euzkera se emplea como lengua corriente en todo Guipuzkoa, en gran parte de Bizkaya, en el N. de Alaba y en el de Nabaía. En esas escuelas es no solo conveniente, sino imprescindible emplear el euzkera como lengua escolar, y enseñar el castellano como lengua oficial. Pedagógicamente no puede sostenerse lo contrario y así se encarga de demostrarlo España en Marruecos, fomentando la enseñanza mora, en árabe naturalmente. Y en las demás escuelas rurales, la lengua escolar podía ser el castellano y enseñarse el euzkera, de acuerdo con las conclusiones adoptadas en el pasado Congreso de Oñate.

Habría también que reformar el año escolar y el horario semanal. Acerca de este último hemos esbozado algo al hablar de la organización de las circunscripciones escolares. ¿No es de sentido común, en efecto, que no pueden regir disposiciones uniformes para todas las escuelas? ¿Tienen las mismas facilidades para acudir a ellas los niños de las ciudades que los de pueblos de pescadores, de agricultores o de ganaderos? Y si es evidente que no, ¿por qué se ha de obligar a que tan distintas escuelas estén abiertas en fechas iguales? Que se fije un *mínimum* de horas de duración del año escolar y luego que se deje a cada localidad repartirlas de acuerdo con sus necesidades, como se hace en Noruega y en Dinamarca. Así los niños de las familias pobres podrán ayudar a sus padres en las épocas de trabajo intenso, sin dejar de percibir los beneficios de la escuela, como sucede ahora.

Con todas estas cosas sería ya posible hacer efectiva la asistencia de toda la población escolar. Porque, entre tanto, ¿cómo se va a exigir una asistencia regular cuando hay núcleos de población con doscientos niños que no pueden ir a la escuela por el hecho simple de no haberla en una porción de kilómetros

a la redonda? (Castejón, en Nabara). Y aun obviado este inconveniente, ¿cómo se va a atraer a los niños a una escuela que les habla en una lengua que ellos no entienden, que los tiene confinados en malos locales, que no tiene en cuenta sus necesidades, que les hace perder el tiempo, en una palabra? Hacen bien en no ir.

Pero si un Municipio, resuelto a mejorar su enseñanza, pone en práctica medios como los que hemos indicado y logra, tras de esfuerzos y sacrificios inevitables, dar con un buen Maestro. y sostenerlo definitivamente, organizando a la vez sus escuelas de tal modo que la población escolar total de su jurisdicción pueda recibir en ellas una enseñanza moderna y adaptada a las necesidades de su vida rural, si un Municipio consigue eso, puede decir que ha hecho el mejor negocio de los que pueden presentarse a su administración, porque sus hombres futuros le devolverán multiplicadísimo el capital y el trabajo que invirtió en educarles convenientemente.

Ya se yo que no todos nuestros pequeños Municipios pueden realizar ese esfuerzo por sí solos. Bien; pues a esos que nuestras Diputaciones les alarguen la mano. Una de las arrancadas más hermosas que podían tener ahora esas Corporaciones es la emisión de un empréstito cultural que permitiera recobrar rápidamente al País Vasco el tiempo perdido desde el siglo pasado. Y entre tanto, subvenciones abundantes a esos caseríos y a esos pueblecitos que son lo más bello de nuestra raza y lo más puro de nuestra sangre. Que sean, pues, para ellos nuestro oro más limpio y nuestros mimos más suaves.

